
de documentos notariales previos a los del Archivo de Notarías de la ciudad de Oaxaca, en el Archivo del Tribunal de Teposcolula. A pesar del intento de llevar todos esos archivos a la ciudad de Oaxaca, aparentemente una gran cantidad ha sido archivada en el Archivo del Tribunal, y no están a la vista. Como estaban más seguros en Teposcolula que en la ciudad de Oaxaca, no he hecho nada para informarle a las autoridades. Supongo que la misma oportunidad puede darse en Tlacolula, y mucho más material colonial especialmente el del tribunal del alcalde mayor, puede estar en ese archivo, si es que sobrevive...

Si usted ve a Luis Castañeda Guzmán antes que yo, lo que es muy probable, por favor saludelo de mi parte.

Mucho me interesaría tener una oportunidad de leer un ejemplar de su tesis cuando la acabe. Mientras nos conocemos, debemos mantener esta correspondencia. Gracias por iniciarla, y mis mejores deseos por su éxito.

He aquí la sincera bienvenida de parte de un colega a la profesión, repleta de pistas hacia lugares y fuentes, y la invitación implícita a mantenerme en un buen nivel. Fue más allá del reconocimiento rutinario que él hubiera podido escribir o no escribir, sin más. Para mí significó muchísimo que alguien me extendiera una invitación así.

Traducción de Alma Parra

Arnaldo Momigliano. Notas de un discípulo

Anthony Grafton

Tomado de *The American Scholar*, primavera de 1991. Traducción de Alma Parra.

Llegué a Londres en el caluroso verano de 1973 listo para comenzar una disertación doctoral sobre Joseph Scaliger, un famoso humanista clásico del Renacimiento francés terriblemente erudito. Yo traía una formación en historia intelectual, clásicos e historia de la ciencia del Renacimiento en la Universidad de Chicago. Había leído bibliografía secundaria en inglés, francés, italiano y alemán y tenía muy claras las coordenadas que Scaliger ocupaba en mi mapa mental de la cultura del Renacimiento. Su trabajo sobre la historia de los textos clásicos y los calendarios formaba parte de la “revolución histórica” de los siglos XVI y XVII. Esto reflejaba el desarrollo de una conciencia

histórica más amplia y el esfuerzo por ubicar reglas críticas precisas para evaluar las fuentes que tanto preocupaban a bien conocidos intelectuales de su época y lugar como Louis LeRoy and Jean Bodin. Mi tarea, pensé, sería rescatar del trabajo de Scaliger una consideración más técnica y detallada de esta revolución que la realizada por otros académicos a partir de Bodin y compañía.

Con la convicción de estas ideas, sin la pesadumbre del conocimiento y viviendo al día con una agradecerable aunque exigua Fulbright, dirigí mi endeble oficio de historiar hacia lo que mis maestros en Chicago y las autoridades de la Fulbright acordaron sería el único refugio apropiado: la larga, oscura y angosta oficina de Arnaldo Momigliano, repleta de libros aparentemente sin relación *de omni re scibili et quibudsmam adiiis*, quien se encontraba en sus últimos años como profesor de historia antigua de la Universidad de Londres en University College.

Momigliano ya era una figura prominente en otro de mis mapas imaginarios, el referido al conocimiento europeo contemporáneo. Sus *Studies in Historiography* habían alcanzado un estatus canónico en las universidades de Estados Unidos por la vía normal en los años sesenta, es decir, que los publicó Harper en rústica en la serie de Torchbooks, con la cual mi generación recibió la mayor parte de su educación sobre el pensamiento europeo. Su *Contributi alla storia degli studi classici*, vasta colección de artículos de donde se hizo una selección para formar sus *Studies*, comenzaba a formar un cuerpo impresionante en los estantes de las bibliotecas. Él mismo era desde hacía algún tiempo una figura familiar, si no es que estimulante, dentro de las instalaciones de la Universidad de Chicago. Era un hombre pequeño, intenso, vestido con muchas capas de distintas lanas oscuras, daba clases abiertas de una rígida austeridad y en ocasiones mostraba un ingenio mordaz. Poco antes de irme a Inglaterra le escuché una plática sobre la libertad de expresión en el mundo antiguo. La experiencia me provocó asombro, pero la conferencia en sí misma, con su lista de grandes humanistas, antiguos y modernos, cuyos nombres no significaban nada para mí, fue tan inaccesible como Momigliano mismo parecía ser.

El hombre al que yo admiraba de lejos era una figura muy compleja. Era producto de una serie de largas y complicadas experiencias insondables para un joven estadounidense de nuestro tiempo, experiencias que incluían su extraordinaria formación en la erudita burguesía judía de Turín, su exilio y el dominio de una lengua y cultura extranjeras adquiridas con arduo trabajo. Yo sabía muy poco de su vida y en ese entonces habría sido incapaz de entenderla, y ahora no intentaré discutirla ya que otros infinitamente más aptos que yo lo han hecho. En vez de eso —como Momigliano me enseñó— haré lo que vale la pena que haga un historiador al enfrentarse a un fenómeno muy difícil de explicar. Recordaré lo que fue para mí como maestro.

Cuando supe que me habían dado la Fulbright y que me asignaban a Momigliano como supervisor, le envié un resumen de mi proyecto y una lista de las fuentes secundarias que había leído. Su respuesta —la primera de muchas respuestas puntillosamente rápidas y mecanografiadas burdamente en color azul cielo que recibí a lo largo de los años— era detallada aunque no alentadora. Uno de los temas que yo

Era un hombre pequeño, intenso, vestido con muchas capas de distintas lanas oscuras, daba clases abiertas de una rígida austeridad y en ocasiones mostraba un ingenio mordaz.



No hay que estudiar a un solo individuo al que la propia cultura académica moderna de la que uno proviene, haya identificado como importante o quien haya adquirido significación gracias a una sola ronda de académicos supuestamente "revolucionaria".

planeaba abordar era la crítica textual de los grandes humanistas franceses del griego que Scaliger había encontrado alrededor de 1560, durante su juventud parisina: Jean Dorat y Denis Lambin, a cuyas clases asistió en el Collège Royal, el antecesor del Collège de France. Momigliano dijo que me olvidara de lo anterior, pues otro estudiante ya lo estaba trabajando "y difícilmente podrías competir con ella". Yo había leído un libro al que le había sacado provecho y al que tenía en alta estima: una apreciación general de la historia anticuaria en el Renacimiento, escrito por otro profesor italiano emigrado a Londres, un hombre de enorme y merecida fama en la academia dentro del área del saber en el Renacimiento. Momigliano me dijo que lo ignorara, ofrecía solo "una primera mirada de un extraño a una tema desconocido". Fue a tal grado severo que me dijo que leyera a Sebastiano Timpanaro, el gran humanista florentino independiente cuya obra *La Genesi del metodo del Lachmann*, de 1963, continúa siendo el más agudo de todos los estudios de historia de crítica textual de los tiempos modernos. En lo que se refiere a mí y a mi trabajo, Momigliano expresó tan sólo un interés general.

Una vez en Londres, pensé que sería prudente solicitar asesoría más detallada, por trillada que pareciera la primera pregunta. Como buen estadounidense me presenté sin una cita, con lo que sólo logré perderme en el obscuro laberinto de pasillos y corredores, casilleros húmedos y grandes edificios viejos que componen University College London. Tras deambular un rato, encontré a Momigliano trabajando en algún lugar sobre su amado "icono personal" de Jeremy Bentham: el esqueleto de Bentham coronado con una efigie en cera de su cabeza, que saluda a todo el que se asoma al recibidor principal del colegio. Cuando llamé a su puerta estaba a punto de partir a sus acostumbradas vacaciones de verano en Italia, pero aun así se dio tiempo para dedicarme una hora de conversación en la que me dio más sorpresas de las que me había dado su carta.

Momigliano me preguntó qué tan bien conocía el trabajo académico de Angelo Poliziano. El nombre me sonaba —pequeño punto a mi favor—. Poliziano me era familiar como un brillante poeta latino e italiano, uno de los protegidos de Lorenzo de Medici y amigo de Pico della Mirandola. Pero nunca se me ocurrió que el estudio de una figura moderna como Scaliger, un francés del siglo XVI que armó su carrera en la innovadora Universidad de Leiden en la calvinista y republicana Holanda mercantil, debiera partir o terminar en la ambigua Florencia de los Medici y de la Academia Platónica —un mundo de fastos cortesanos y rituales mágicos que inspiraban más incomodidad que interés en la mayoría de los historiadores estadounidenses—. Afortunadamente a Momigliano nunca le sorprendía la ignorancia y tenía un paliativo a la mano. Me recomendó que comenzara con Poliziano. También me dijo que no me costaría ningún trabajo en la biblioteca del Warburg Institute que quedaba a la vuelta de la esquina de su oficina.

Con todo julio por delante, fui al austero edificio modernista, conseguí mi credencial de usuario, y me topé con libreros repletos de las obras latinas de Poliziano y los estudios italianos que se ocupaban de su obra. En unos cuantos días me quedó claro —como Momigliano deseaba— que su trabajo era un parteaguas en la historia de los es-

tudios clásicos: un corte entre un viejo estilo retórico humanista y una nueva filología técnica. El verano se me fue entre difusas tipografías de los siglos XVI y XX. Pronto salió a la luz que si los amplios intereses históricos de Scaliger los había formado su entorno francés original, los detalles técnicos de su trabajo respondían no sólo a los historiadores y filólogos de su tiempo y lugar sino más bien a los precedentes que Poliziano había ofrecido y a las posteriores adaptaciones italianas y francesas de éstos. El punto más importante de las primeras sugerencias de Momigliano también estaba claro. No hay que estudiar a un solo individuo al que la propia cultura académica moderna de la que uno proviene, haya identificado como importante o quien haya adquirido significación gracias a una sola ronda de académicos supuestamente “revolucionaria”, sino estudiar toda la tradición académica a la que Scaliger perteneció. Esta tradición comenzó en el siglo XV, pero sus raíces más profundas se remontan hasta la Antigüedad, y sobrevivieron en la tradición europea actual, al menos en los contados académicos a los que Momigliano parecía tomar en serio —un pequeño grupo que incluía a celebridades como su colega Carlo Dionisotti, su amigo florentino Timpanaro y Peter Brown, su amigo y ex discípulo de Oxford— y eso excluía a muchos de casa. Tal vez sólo se podría hacer justicia a Scaliger acercándose a él con una perspectiva de largo plazo.

El colegio en la Universidad de Chicago me había dado una educación tan amplia como podía haberlo hecho en los años sesenta cualquier otra universidad estadounidense. Me exigió el estudio de la historia de la civilización occidental en un veloz curso de tres cuatrimestres, que mucho se pareció a estar ahogado. Toda la historia de Occidente pasó ante mis ojos (el hecho de haberlo tomado en un verano, en un curso intensivo, acentuó los efectos colaterales). El curso me forzó a aprender las técnicas de la Nueva Crítica relativa a la lectura minuciosa de las humanidades y a comprender los tipos ideales del pensamiento social clásico alemán. También me forzó a leer tres veces la *Democracia en América* de Tocqueville, nunca, por supuesto, en un curso sobre América. Al mismo tiempo, sin embargo, la universidad permitía e incluso promovía la especialización. Se me permitió continuar estudiando griego y latín, así como otros idiomas mientras me convertía en historiador. Y mis maestros me alentaban felizmente a iniciar investigación primaria en las fuentes latinas de la alta cultura renacentista. La escuela de posgrado no me llegó como un golpe radical sino como una continuación natural del trabajo de licenciatura.

Por todo lo anterior, conocer a Momigliano fue algo que nunca esperé o imaginé. Como maestro, a decir verdad, tenía muchas de las cualidades de los miembros de la Facultad de Chicago, y el que poseyera un *anima naturaliter Midwayensis* sin duda ayuda a explicar su gran influencia en Chicago durante la década posterior a su jubilación de Londres. La mayoría de los supervisores Fulbright daban cordialmente la bienvenida a sus alumnos, les ofrecían una taza de té y los lanzaban el resto de su tiempo en Oxford o Londres al hoyo negro en el que por aquellos días vivían todos los estudiantes de posgrado en Inglaterra, casi sin seminarios. A diferencia de ellos, Momigliano, más parecido a un profesor estadounidense, asumía que sus estudiantes

Momigliano asumía que sus estudiantes se mantendrían regularmente en contacto, informándole sobre los problemas de sus investigaciones e incluso sobre caprichos de sus vidas. Él quería reuniones cada una o dos semanas, usualmente a la hora del almuerzo o del té en una de las cafeterías espectacularmente miserables de University College o en la de la elevada y gris Senate House de la Universidad de Londres (origen legendario del Ministerio del Miedo de Orwel).



Momigliano se parecía más a los artistas del Renacimiento italiano temprano que se negaban a pagar las cuotas del gremio para demostrar que eran hombres de ciencia y cultura y no practicantes de oficio alguno.

se mantendrían regularmente en contacto, informándole sobre los problemas de sus investigaciones e incluso sobre caprichos de sus vidas. Él quería reuniones cada una o dos semanas, usualmente a la hora del almuerzo o del té en una de las cafeterías espectacularmente miserables de University College o en la de la elevada y gris Senate House de la Universidad de Londres (origen legendario del Ministerio del Miedo de Orwell). “Toma lo que quieras”, decía con un gesto dramático cuando yo llegaba —tarde para un apetito estadounidense— al mostrador de comida que no ofrecía nada comestible más que plátanos y yogurt. Entonces preguntaba —con la impaciencia de un supervisor estadounidense— cómo iba mi investigación, si había aparecido algo interesante en las librerías, si había visto algún artículo particularmente tonto de X o Y. Sólo después de un año de comparar notas con otros estudiantes estadounidense e ingleses de posgrado en Londres me di cuenta de lo poco común que era en realidad ese interés por el progreso de uno.

La aparente familiaridad de esta cercana y meticulosa supervisión tutorial ocultaba —como pronto se vio— un conjunto de supuestos pedagógicos e intelectuales por encima del entendimiento de un estadounidense, que difícilmente haría sentir competente y cómodo al estudiante. Aun los mejores maestros se veían a sí mismos como maestros de un oficio específico. Trataban a sus aprendices bien, afinando sus habilidades y presentándoles a maestros de otras universidades que les pudieran ofrecer un conocimiento especial o una mayor información sobre algún tema específico. Ellos bien podrían cruzar líneas entre disciplinas dentro de un mismo periodo —como lo hizo mi propio y excelente supervisor Eric Cochrane cuando escribió tan sólidamente sobre el arte y la literatura de Florencia en el Renacimiento tardío—, así como de la política y la historiografía. Pero las fronteras cronológicas eran insuperables. Las reglas del oficio confinaban a la mayoría de los académicos a la estrecha comodidad de una disciplina y virtualmente a todos ellos a un periodo y lugar.

Momigliano, al revés: se parecía más a los artistas del Renacimiento italiano temprano que se negaban a pagar las cuotas del gremio para demostrar que eran hombres de ciencia y cultura y no practicantes de oficio alguno. Asistir a sus seminarios, acudir a sus invitaciones a tomar té con otros invitados o el simple hecho de toparse con él en los pasillos de University College, entre la pintura de Bentham en la inauguración del Colegio y el “icono-personal”, daba la oportunidad de conocer académicos viejos y jóvenes de historia antigua, medieval y moderna tanto del este como del oeste. Momigliano parecía conocerlos a todos ellos y a todos sus maestros íntimamente. Siempre estuvo al tanto del desarrollo de sus trabajos poniéndolo en perspectiva frente a la riqueza de trabajos anteriores, y siempre tuvo al día una evaluación para sus esfuerzos tan aguda y permanente como un epitafio antiguo. A lo largo de un año de asistir a su seminario en el Warburg Institute, pude escuchar a un distinguido sinólogo discutiendo la historiografía de su especialidad y comparando a Jacques Gernet con Marcel Granet y a Granet con Max Weber; a un historiador francés del mundo antiguo aún más distinguido haciendo una disección del mundo del mito a través de lo crudo y lo cocido, a Jonathan Miller analizando elocuentemente el mesmerismo y al mismo Momi-

gliano prodigando su erudición en una rica explicación de por qué Polibio, el gran historiador griego de Roma, había vuelto a la cultura occidental durante el Renacimiento. Seminario tras seminario, Momigliano llegaba con una pila enorme de cartas y envíos de libros de todo el mundo que podía ser la envidia de cualquier coleccionista de timbres postales. Abría y examinaba cada envío, algunas veces meneando la cabeza y murmurando mientras el expositor hablaba. Hacia el final de las pláticas parecía quedarse dormido. Pero en las discusiones posteriores, usualmente serias, hostiles y disparejas, según la costumbre del país, las preguntas de Momigliano mostraban siempre su dominio del tema discutido y daba al expositor orientación e instrucciones firmes sobre el curso y dirección que su investigación debía tomar.

El espectáculo era descorazonador al principio. El mismo Momigliano citó, en su espectacular conferencia sobre Polibio, el caso por medio del cual un académico del siglo XVIII había expresado su gran desilusión al enterarse de que lo que él creía eran nuevos libros de Polibio en traducción latina, no eran sino el trabajo del humanista Leonardo Bruni. Al académico que le contó la historia, Momigliano le dio las gracias "por dejarme melancólico por todo un año". La conferencia abarcó en una hora todo un milenio y medio de historia textual, mostrando un conocimiento íntimo de más humanistas de los que yo hubiera querido conocer aunque fuera un poco y resolvió en unos cuantos minutos un problema que otros como yo, habían trabajado durante horas en nuestro seminario en Chicago —a saber, el misterio de cómo Maquiavelo había leído a Polibio sin que existiera una traducción al latín en su época, mientras escribía sus *Disertaciones sobre Livio*. Me fui convencido de saber cómo se sentía mi colega del XVIII.

Además, a lo largo de mi trabajo de ese año, las normas de Momigliano se volvieron completa —hasta alarmantemente— claras. Él no esperaba que hubiera alguien que compartiera su manejo técnico de lo que parecían ser todas las obras escritas de historia, desde las historias oficiales de la China de Confucio hasta la *Metahistoria* de Hayden White (aunque prefería la primera). No esperaba que alguien pudiera equiparar la profundidad de su manejo texto por texto de la tradición clásica occidental (aunque otros y yo nos hemos beneficiado de su sabia enseñanza —como siempre extraída de algunas otras grandes figuras previas de la academia clásica— de leer a Plutarco en los trenes). Y veía la mayor parte del trabajo contemporáneo en su especialidad, la historia de la escritura de la historia, mucho a la manera en que su querido Gibbon veía la historia: como el recuento de los crímenes y locuras de la humanidad. Su reacción típica ante los nuevos libros sobre el tema era la de desalentar a aquellos que quisieran intentarlo sin antes cumplir al menos con una vida dedicada a la investigación. Así, en algunos casos su curiosidad universal parecía masoquista: una búsqueda constante de pruebas de la ineptitud de sus colegas y de la ignorancia de sus alumnos (con respecto a este último punto, él característicamente señalaba a propósito del gran historiador renacentista Justus Lipsius, "era un placer menor que ningún maestro se debía negar"). Durante la hora del té, antes de su seminario en el Warburg, las palabras de condena eran más frecuen-

Durante la hora del té, antes de su seminario en el Warburg, las palabras de condena eran más frecuentes que las de elogio, sobre todo la tan temida "pobre hombre" —esa simple frase solemne que pronunciada en el singular acento anglopiamontés de Momigliano llevaba un peso similar a aquella de Cartago delenda est—.



Los acontecimientos académicos confirmaron y profundizaron estos intercambios no académicos. Conforme le fui entregando trabajo y fui recibiendo reacciones, conforme observé a Momigliano trabajando en el seminario y mientras digería y escuchaba, se hizo evidente que sus modos feroces ocultaban imperfectamente una bondad y voluntad de ayudar profundas.



tes que las de elogio, sobre todo la tan temida “pobre hombre” —esa simple frase solemne que pronunciada en el singular acento anglo-piamontés de Momigliano llevaba un peso similar a aquella de *Cartago delenda est*—. Aun los trabajos de aquellos que él mismo había invitado eran motivo de las más salvajes frases condenatorias pronunciadas con un pesado énfasis en la primera sílaba: “Interesante” —refiriéndose tanto a la estupidez general que había producido y tolerado el trabajo presentado, como al punto que se trataba—. Difícilmente algún estudiante que trabajara un problema de la historia de la academia la pasaba bien ante la presencia de un hombre que continuamente advertía “a la hornada de estudiantes graduados” que se mantuvieran lejos del tema.

No obstante, Momigliano se volvió más cálido conforme avanzaba el año. En parte quizá por una casualidad. El año de 1973 fue el año de la guerra del Yom Kipur. Justo al comenzar el cuatrimestre en University College, las noticias parecían empeorar cada vez. La prensa inglesa y la BBC, por el tono y con frecuencia por el contenido de sus noticias, apoyaban claramente a los árabes contra Israel. Estas actitudes conmocionaban a cualquiera que hubiera crecido en el clima pro-israelita de Estados Unidos, donde la guerra de los Seis Días de 1967 se vio como un triunfo de Occidente. Pero a Momigliano, por supuesto, no lo sorprendieron. Él había perdido a sus padres en el Holocausto y él mismo era un exiliado; tenía muchos amigos en Israel y alimentaba una profunda, aunque compleja, relación con la tradición secular de la academia judía. Sufría notoriamente conforme los días pasaban y los israelíes sufrían sus temporales primeras derrotas. Nos encontrábamos en el College y murmurábamos acerca de la guerra conscientes de la distancia entre nosotros, provenientes de una situación de alienación judía, y el ambiente social. De aquellas sentidas conversaciones surgió un calor que nunca nos faltó de ahí en adelante.

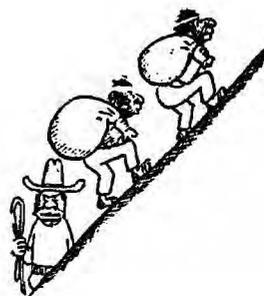
Los acontecimientos académicos confirmaron y profundizaron estos intercambios no académicos. Conforme le fui entregando trabajo y fui recibiendo reacciones, conforme observé a Momigliano trabajando en el seminario y mientras digería y escuchaba, se hizo evidente que sus modos feroces ocultaban imperfectamente una bondad y voluntad de ayudar profundas. Sin decirme nada, él contaba con que yo trabajara; que explorara bibliotecas en Inglaterra y el continente y que encontrara cosas que él no supiera. También esperaba que pensara y que ideara algo fresco y no algo que se ajustara a las ideas ya trabajadas en la “literatura secundaria”. Y confiaba en que yo me abriera a otras disciplinas y métodos fuera de mi área. Cuando me ocupé de temas ajenos a los de su seminario, como por ejemplo los temas no occidentales, me recibía con un radiante y caluroso saludo que disipaba todo rastro de las sombras húmedas del invierno londinense, simplemente porque yo no estaba tan cerrado como aquéllos con quienes su exilio lo había colocado: los profesionales de la historia antigua. Él se daba cuenta de que los estadounidenses y los historiadores de las ideas —ciertamente los historiadores estadounidenses de las ideas— sabían mucho menos de cualquier cosa que los contados jóvenes clasicistas ingleses con quienes a veces lo encontraban tomando el té, con sus años de entrenamiento en la composición poética

griega y su manejo, línea por línea, tanto del aparato textual como del texto mismo de Tucídides. Pero él también sabía que los estadounidenses y los historiadores podían traer una idea o sacar a colación un hecho que pudiera interesarle. Nadie que hablara —como muchos de los ingleses hacían incansablemente— de la superioridad de la evidencia sólida, como las listas de tributos atenienses sobre meros textos, como Heródoto y Tucídides, obtenía su atención. En ocasiones, cuando veía la fila de taxis, me hacía recordar al general Galliéni sonriendo al llevar a los soldados al Marne. Era capaz de encontrarle el encanto a cualquier cosa mientras no fuera algo completamente banal.

Hasta los propios errores, si se le mostraban con orgullo inocente, podían ser lo suficientemente raros para estimular una aprobación de Momigliano. En una ocasión me encontré en una librería de Lewes que ya había dejado de vender ese tipo de libros, un ejemplar de un diario decimonónico de Eton sobre manejo de botes, escrito por un estudiante en el griego de Tucídides. Lo llevé al colegio y le pregunté que si acaso ése no sería el último trabajo de historia escrito en griego clásico. Después de pensarlo un momento, me contestó que no; que me olvidaba de Beazley, gran estudiante de cerámica, quien había descrito su visita al zoológico en el estilo de Heródoto. Aunque mi evidencia, como de costumbre, era incompleta, era claro que le había divertido mi pregunta. Habló por algún rato del helenismo después del helenismo, desde el historiador bizantino Loconicus Chalcondiles hasta el filósofo griego Koraës. Momigliano se comprometió más y más conmigo y mi trabajo conforme fui encontrando libros y manuscritos en Londres y Cambridge, Leiden y Oxford, que revelaban nuevas facetas del pensamiento de Scaliger o de las reacciones de sus contemporáneos.

Las positivas enseñanzas de Momigliano fueron finalmente generosas, reflexivas y creativas. No hizo lo que un profesor estadounidense haría, mejorar mi estilo: “Eso”, me dijo con razón alguna vez, “es un área en la que no se puede rivalizar con John Clive”. Tampoco me dio mayores instrucciones de cómo investigar después de su primera sugerencia sobre Poliziano. Pero me encontró otros asesores para cuestiones específicas, casando alumno con tutor con tanta destreza y discernimiento que también revelaba que era tan buen observador de las personas como lo era de los libros. Él identificaba los elementos novedosos en lo que yo encontraba, detectaba igualmente los puntos débiles de mis argumentos y daba orientaciones breves y agudas, sin suavizarlas por alguna noción de que uno debe sentir cierta ternura por alguna idea propia equivocada para enmendarla. Siempre estaba listo —y casi siempre preparado— para ayudar a resolver cualquier problema técnico que se presentara. Su memoria, que había sido eidética cuando joven y muy poderosa todavía en su madurez, continuamente recuperaba, cuando uno lo necesitaba, las referencias más sorprendentemente remotas —y sorprendentemente relevantes—. (Cuando le pregunté sobre la relación de Scaliger con el abogado Cujas, una pregunta más para un académico renacentista que para uno de historia antigua, no dudó siquiera antes de contestarme que encontraría ayuda en un artículo de Volterra publicado en 1928. “Por supuesto”, continuó, “no le he vuelto a leer desde que salió, pero creo que estoy en lo correcto”. Lo estaba.) Debido a su con-

Él identificaba los elementos novedosos en lo que yo encontraba, detectaba igualmente los puntos débiles de mis argumentos y daba orientaciones breves y agudas, sin suavizarlas por alguna noción de que uno debe sentir cierta ternura por alguna idea propia equivocada para enmendarla.



Era un verdadero placer ver a Momigliano enseñar en estos últimos años en Chicago. Sus clases, una vez liberadas de los requerimientos de la cátedra de historia antigua, podían versar sobre cualquier cosa relacionada con su investigación, antigua, moderna temprana y moderna.



centración en aspectos generales, era el último asesor en pensar o sugerir que las cuestiones de detalle no importaban. Éstas contaban —muchísimo.

Sobre todo, una vez que decidió que yo había encontrado nuevas cosas acerca de cuestiones importantes, dejó de tratarme como a un estudiante y comenzó a hacerlo como a un joven colega. Me pedía mi opinión sobre su propio trabajo. (Una vez leí dos de sus sobretiros en la autopista Dan Ryan rumbo a Chicago desde el O'Hare, donde me los había dado, y alabé uno de ellos. ¿Qué tenía el otro de malo? Preguntó sin dejar pasar un segundo en una clásica vena humorística judía de uso común en la cocina.) Él me consiguió revistas y editores que me publicaran, cuando otros supervisores estadounidenses lo veían a uno en un *statu pupillari*, todavía incapaz de poder levantar el vuelo en las prensas —y en una época cuando los editores eran aún más conservadores que ahora—. Su crítica mordaz de los borradores expresaba un profundo y permanente espíritu de generosidad.

Mi temporada como alumno de Momigliano se terminó muy pronto —demasiado pronto para lo que él o yo hubiéramos deseado—. A la mitad de la investigación para mi tesis, me ofrecieron un puesto para dar clases de historia en la Universidad de Cornell. Era 1974, justo en medio de la Gran Depresión académica de los setenta que afectó a toda mi generación de académicos en humanidades. Ver amigos tan competentes, como yo al menos, manejando taxis, programando computadoras, o —cuando bien les iba— sobreviviendo marginalmente de beca en beca, tomé el puesto con entusiasmo, aun sabiendo que mi formación estaba incompleta y que quedaba un año que sí hizo falta de mi beca de Chicago. Hasta entonces me enteré que Momigliano se tenía que retirar, muy a su pesar, de su cátedra en Londres. De inmediato rechazó la idea de abandonar la enseñanza y aceptó una cátedra temporal en Chicago, la que ocupó en distintas modalidades por el resto de su vida. Pude haber aprendido más de él si hubiera regresado a Hyde Park, como ambos esperábamos. En vez de eso —como me dijo en una pertinente cita griega— debía partir valerosamente a Itaca, llevando conmigo muy poco conocimiento —pero también un ejemplar del ahora maltrecho *Cuarto contributo* con la inscripción “Recuerdo de un año inglés. A.M., agosto de 1974.

Seguí siendo alumno de Momigliano a la distancia. Regresé tan seguido como puede a Hyde Park y continué asistiendo a sus seminarios del Warburg Institute y al de All Souls en Oxford cuando estaba de licencia en Londres. Por su parte, él continuó haciendo de mi buzón una ensenada del Misisipi con sobretiros y libros a través de los cuales se mantuvo en contacto con amigos, alumnos y enemigos de diferentes países. Continuó ofreciendo consejo para discutir a los historiadores del mundo antiguo y moderno y dando exhibiciones alentadoras —o deprimentes— de su conocimiento. Nuestros encuentros se daban en diferentes puntos de reunión, desde el Quadrangle Club de la Universidad de Chicago hasta el metro de Londres. Pero la mayoría de ellas sucedieron en las cafeterías y comedores públicos desde Nueva York hasta Oxford cuando el azar nos juntaba en el pequeño mundo académico que la prosperidad de finales de los años setenta y principios de los ochenta permitió —un

pequeño mundo en el que Momigliano era invitado para todo tipo de conferencias en el mundo occidental, donde siempre parecía tan omnipresente como omnisciente.

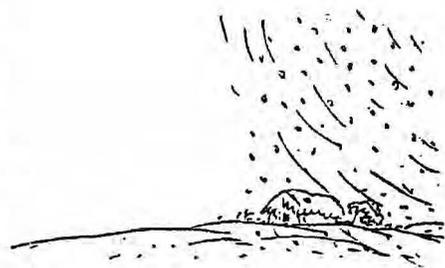
Era un verdadero placer ver a Momigliano enseñar en estos últimos años en Chicago. Sus clases, una vez liberadas de los requerimientos de la cátedra de historia antigua, podían versar sobre cualquier cosa relacionada con su investigación, antigua, moderna temprana y moderna. Su público, que ahora no sólo contaba con los estudiantes medio desorientados de licenciatura de Londres, incluía a estudiantes del posgrado y a profesores de muchas disciplinas que seguían su estilo alusivo beneficiándose de su vasto conocimiento, y algunas veces, hacían preguntas o aportaban material que él consideraba estimulante. Hasta sus maneras se volvieron más informales al fortalecerse su acercamiento al público de Chicago.

Pero aun en Chicago, Momigliano enseñaba más y mejor en situaciones informales: en su amada biblioteca Regenstein; durante el café, en la horrible cafetería tapizada con imágenes de un desfile de tamborileras y sobre todo quizás, entre los inacabables tesoros de las librerías de Hyde Park donde Momigliano depuró y alentó a las generaciones jóvenes. Éstas llegaban a Momigliano casi por instinto, o al menos eso parecía, ignorantes de su fama en Europa pero algo conscientes de su vasto repertorio de conocimientos y su generosa actitud abierta a las ideas de los jóvenes que su fugaz sonrisa frecuentemente traicionaba. Se sentaba con los estudiantes en las mesas de la cafetería y se sentaba con ellos frente a los nuevos libreros. Aprovechaban el tiempo libre del que disponía en Chicago, y no en Londres y Oxford, en donde lo acosaban los viejos amigos, los nuevos editores, y los corresponsales. Y hablaban y se escuchaban interminablemente. Él guiaba sus lecturas como alguna vez orientó las mías, sacando sus famosas hojitas y pedacitos de papel carbón de sus bolsillos o confiando lo que quedaba en su extraordinaria memoria.

Por sobre todo —como el mismo Momigliano me lo explicaba— les decía qué proyectos eran demasiado largos, demasiado demandantes o demasiado técnicos para ellos. Ayudó a muchos estudiantes —historiadores modernos como de historia antigua, historiadores alemanes como griegos— a quienes sus tutores oficiales les ayudaban muy poco con la definición de sus investigaciones. Él también les ayudó a encontrar editores y revistas, público y trabajos. Muchos de los estudiantes que conocí en diversos sitios fueron a trabajar con él a Chicago, en parte porque yo se lo sugerí. Siempre he tenido la duda de haberles sido tan útil a aquellos estudiantes que vinieron a trabajar conmigo como a aquellos que siguieron mi consejo y se fueron al oeste. Él se convirtió en el mejor maestro de mis alumnos.

Algunas de mis deudas con Momigliano las comparten, por supuesto, académicos de todo el mundo: por el intrépido ejemplo de erudición que cruzaba las fronteras del tiempo y del espacio con gran holgura y fuerza, por la vigencia de los resultados de su trabajo que dieron nueva forma a nuestro entendimiento de la tradición occidental en la historiografía, por los espectaculares estudiosos de historia antigua que él entrenó. Pero yo tengo una deuda más, una sumamente individual y que sentí la última vez que lo visité en el aseado cuarto de hospital en Chicago en el que permaneció la primera parte

Muchos de los estudiantes que conocí en diversos sitios fueron a trabajar con él a Chicago, en parte porque yo se lo sugerí. Siempre he tenido la duda de haberles sido tan útil a aquellos estudiantes que vinieron a trabajar conmigo como a aquellos que siguieron mi consejo y se fueron al oeste. Él se convirtió en el mejor maestro de mis alumnos.



del verano en el que murió, como lo había hecho años atrás en su oscura oficina de Londres.

Momigliano me enseñó lo que podía y lo que no podía hacer, lo que soy y lo que no soy. Yo también me convertí en un profesor de una universidad importante, una pequeña figura dentro de los mismos circuitos de conferencias y clases que él dominó una vez. Yo también estudio una amplia gama de temas, al menos para los parámetros estadounidenses —y algunas veces he sentido la tentación de verme a mí mismo como un académico de importancia y originalidad, un defensor, o cuando menos un representante, de aquella tradición europea que Momigliano ejemplificó—. Pero el error nunca persiste. Porque Momigliano me heredó no sólo el inimitable cuerpo de su trabajo y la valiosa ayuda de su crítica, sino también la experiencia de una erudición tan generosa que nunca podré aspirar a imitar. Este legado sorprendentemente toma forma. El mismo Momigliano parece estar conmigo para prevenirme en esas ocasiones que he descrito. Y es cuando escucho aquella voz severa diciendo: “No podrías competir con ella”; “la mirada de un extraño viendo por primera vez algo desconocido”; “pobre hombre”; “interesante”. Me doy cuenta de lo limitadamente que domino —y lo poco que alguna vez puedo esperar a aportar a— la tradición a la que Momigliano perteneció y mantuvo. Y valoro esa memoria renovada que mantiene una confrontación con parámetros que yo no puedo alcanzar, más de lo que puedo expresar. Mientras siga escuchando esta voz, puedo llamarme alumno de Momigliano y llamarlo a él mi maestro, a pesar de las imperfecciones de mi propia formación, y siento que al hacerlo no digo más que la verdad.

Cada vez sabemos menos. Entrevista con Norberto Bobbio

Otto Kallscheuer

Tomado de *El País*, 9 de enero de 2000, pp. 23-24.

Pregunta. Señor Bobbio: ¿me permite leerle un diagnóstico sobre la crisis espiritual de estos momentos? Dice: la crisis actual “reside en la dispersión de una realidad dolorosa en miles de realidades indiferentes, lo cual explica la apatía moral, el abandono a la corriente de la sociedad y de las cosas; reside en la ruptura de una única voluntad propia en miles de arbitrariedades, en el oscurecimiento de la claridad interior, en cuyo lugar amenaza de nuevo el mito”.